

FORMULACION DE UNA POLITICA

Eduardo Santa **Universidad, Biblioteca y Desarrollo**

I. LA UNIVERSIDAD SE TRANSFORMA

Es un hecho incuestionable que la Universidad ha venido sufriendo un proceso de transformación profunda en toda su estructura, a medida que ha venido cambiando y haciéndose más amplio el campo de sus objetivos y propósitos. El acelerado desarrollo industrial, como lógica consecuencia de los avances de la ciencia y la tecnología, le dio a la Universidad una dimensión extraordinaria y la conectó más estrechamente a la nueva sociedad en permanente dinamismo. Multitud de carreras nuevas fueron surgiendo de esos avances en el campo tecnológico y científico. La Universidad tradicional a donde sólo se iba a estudiar medicina, ingeniería, derecho y teología, se vio de repente enfrentada a la necesidad de dar cabida a nuevas escuelas o unidades docentes donde se prepararan los nuevos técnicos y expertos de un mundo que rápidamente se precipitaba a la producción en serie, a la conquista del espacio, a la cibernética y al mundo de las computadoras y de la automatización. Este hecho, a la vez que amplió su radio de docencia, hizo necesario que la universidad se convirtiera en el centro de la investigación, en algo así como el eje básico del nuevo mundo del conocimiento aplicado. Nunca antes el hombre había investigado en forma tan amplia, tan objetiva, tan sistemática y tan eficaz. Y la universidad nueva adquiere la función y la responsabilidad en el liderazgo y en la conducción de una sociedad que vive en torno a la productividad fabril y a la técnica aplicada en todos los campos de la actividad social.

Como consecuencia de este fenómeno, tanto los gobiernos como la industria privada, en los países desarrollados brindaron su apoyo económico a las universidades a condición de que éstas asumieran ese liderazgo en la investigación y, en consecuencia, dedicaron grandes sumas de dinero de sus presupuestos para la adquisición de laboratorios, bibliotecas y personal científico y técnico altamente especiali-

NOTA: El autor dirige la Biblioteca Central de la Universidad Nacional. Ha publicado varios libros sobre temas históricos y sociales.

zado. De tal manera que la universidad se vio forzada por las circunstancias, por las exigencias de la época, a dejar de ser el lugar donde simplemente se transmitían conocimientos, donde se enseñaban las humanidades, las artes y las ciencias, para convertirse en el poderoso laboratorio de investigación y de análisis y a la vez en una fábrica de ideas nuevas, en un generador de sistemas, de técnicas, de hipótesis, de procedimientos. Y a medida que la universidad iba cambiando sus estructuras clásicas para articularse en mejor forma a la nueva sociedad, le vinieron otras funciones conexas. Era necesario publicar, difundir, a través de la palabra impresa, el resultado de sus investigaciones para que el hombre pudiera beneficiarse de ellas en los cuatro puntos cardinales. Entonces se acepta su *función difusora* extracurricular, mediante la imprenta. La universidad se convierte en editora.

Además la universidad ha entendido cabalmente que su función docente no puede limitarse únicamente a la enseñanza dentro de los claustros y ha resuelto salir a las calles y a las plazas a llevar su mensaje de cultura a través de conciertos, exposiciones de arte, recitales, representaciones teatrales, sinfonietas, etc. Se decide, pues, a desarrollar al máximo su *función de extensión* que la universidad clásica apenas cumplía esporádicamente a manera de actividad suplementaria decorativa o graciosamente dispensadora de recreación al pueblo.

Paralelamente a estos cambios estructurales, y quizás a manera de factor activante, la universidad fue abandonando el sistema de enseñanza que se basa en el texto único, en las conferencias del profesor y apuntes de clase, la llamada "enseñanza memorística" en la que al alumno le basta aprenderse unas cuartillas de memoria y recitarlas el día del examen, lo que gráficamente se ha descrito muchas veces como la botella vacía que se llena para vaciarse cuando sea menester.

Ese menesteroso concepto sobre la docencia fue sustituido por otro más acorde con la época: el de la docencia que se basa en la investigación de profesores y alumnos, en la búsqueda del conocimiento en muchas fuentes, en la confrontación de las ideas, en la discusión y en el análisis. El alumno dejó de ser entonces un elemento pasivo, un simple receptor, aquella botella vacía que el profesor llenaba a su talante durante las tediosas horas de clase, que solían ser largos e ininterrumpidos monólogos, para convertirse en un elemento activo,

en un ser participante, impulsado hacia el examen, el análisis, la crítica, la controversia inteligente y razonadora. Empezaron a declinar las "verdades reveladas", los dogmas sacrosantos y la infalibilidad catedrática del profesor apegado al texto único. El sentido de la docencia había cambiado fundamentalmente. De aquí en adelante el profesor empezó a compartir gustosamente con el alumno su aventura permanente en la búsqueda del conocimiento. Aquellos que no lo habían hecho antes, que permanecían anclados en su texto, tuvieron que embarcarse dentro de esta nueva modalidad so pena de verse desplazados por la realidad misma de los hechos. La inquietud del alumno podía ir más allá del catecismo recitado. El profesor tuvo que irse acostumbrando a que sus ideas y sus puntos de vista y sus enseñanzas todas iban a ser cuestionadas y discutidas por sus propios alumnos. Con el tiempo fue aprendiendo que la duda sistemática, el análisis científico y la crítica razonada eran mejor camino para llegar al conocimiento que el dogmatismo académico, la verdad revelada, el respeto a las grandes autoridades y la infalibilidad de que tradicionalmente solía rodearse el prestigio de los consagrados. La experiencia del laboratorio le enseñó que la infalibilidad es flor exótica en el campo de la ciencia. El profesor entendió también que al ser examinado diariamente por sus propios alumnos iba a encontrar el mejor camino de superación, el mejor medio para librarse de la rutina y del anquilosamiento, y a la vez el mejor estímulo para vivir siempre al día, remozándose con las nuevas ideas, los nuevos descubrimientos, las nuevas hipótesis, las nuevas técnicas.

Para corresponder a estos cambios que trae la época la universidad cambia su concepto sobre la biblioteca. Concepto precario e indigente que la llevó a ser considerada como un lugar donde el alumno iba a complementar la clase recibida en el aula o como un simple lugar decorativo, un penumbroso recinto donde se depositaba la cultura bajo custodia vigilante o, cuando más, como el plácido y silencioso retiro donde eruditos, literatos e historiógrafos encontraban las fuentes de la sabiduría, reservadas a los "espíritus selectos". Allí estaba la diosa Minerva hilando en el telar del tiempo el complejo infinito de la sabiduría, en espera de los sacerdotes que conocían el secreto camino, vedado a quienes no gozaban de sus favores inmensos.

2. LA BIBLIOTECA SE TRANSFORMA

La universidad tenía que responder al cambio social, al paso hacia una sociedad altamente industrializada, brindándole a la misma los escuadrones de científicos, de técnicos, de industriales y de humanistas que asumieran el liderazgo y por consiguiente la responsabilidad de conducirla con seguridad y eficacia por el camino de las transformaciones sucesivas. Pero, a su vez, la universidad para poder brindar estos equipos humanos, tenía que transformarse ella misma. Este proceso de transformación requería instrumentos muy adecuados. ¿Cuáles podrían ser sino los laboratorios, los talleres y las bibliotecas? Consciente de este precioso instrumental la universidad va hacia ellos, fomentando la creación de nuevos, incrementando los existentes, actualizándolos, fortaleciéndolos, haciendo el mejor uso de ellos. Grandes sumas de dinero se invierten en unos y en otros. Es el renacimiento de la universidad. La universidad vinculada al desarrollo tecnológico, científico, cultural. La universidad que no se conforma con transmitir el conocimiento sino que además quiere seguir creándolo, explorando nuevos campos, avanzando sobre el mundo de lo desconocido para robar nuevos secretos a la naturaleza. Poco a poco el centro de gravedad universitario se va desplazando de la silla del catedrático y del tablero del salón de clase a las bibliotecas, a los talleres y a los laboratorios. Poco a poco se va abandonando la idea de que el profesor era capaz de saber todo lo que el estudiante debía aprender y, por el contrario, se fue aceptando la idea apenas elemental de que sólo la biblioteca es la única que puede responder todo lo que el estudiante desea adquirir para su formación profesional y para ampliar el panorama de su cultura.

La función del profesor, por ello mismo, en lugar de disminuir adquiere mayores dimensiones y se hace más auténtica y por lo mismo más respetable. Ya no es el recitador de textos ni tampoco esa especie de vedete que se pasea por el estrado académico haciendo gala de una oratoria vacía, como los vendedores de específicos, ni menos el dueño de la verdad revelada que va suministrando en dosis pequeñas a sus pupilos, sino más bien el explorador capaz de emprender con sus alumnos la maravillosa aventura del conocimiento, el luchador de las ideas, el hombre capaz de plantearse interrogantes para despejarlos de algún modo razonable, el inconforme intelectual que se debate con la duda,

que vive en el mundo de las hipótesis en permanente estado de curiosidad, la cual en realidad es la verdadera madre de la sabiduría. El profesor moderno, responsable de su función, acucioso, inteligente, el que todos queremos tener en nuestras universidades, es el que cada día está enseñando a sus alumnos el camino hacia la biblioteca. Porque no le teme a que el alumno participe o comparta con él las fuentes de su información; porque no le teme a la controversia sino que la ama; porque no esquiva ni la crítica ni el análisis; porque todo ello es la razón de su existencia; porque no le molesta la duda, ya que ella es el motor de su curiosidad y le permite superarse.

El buen profesor no es quien mucho enseña sino el que tiene la capacidad de sembrar en la mente del alumno el mayor número de interrogantes. No se trata de sembrar el conocimiento digerido, elaborado, empaquetado y rotulado, listo para el consumo, sino más bien de darle al educando los instrumentos para buscarlo él mismo, cuandoquiera que sea menester, sabiendo dónde y cómo hacerlo. Grande e impercedero es el aforismo popular que afirma aquello de que "sabe más, no quien posee mayor cantidad de conocimientos, sino quien sabe cómo y dónde obtenerlos".

Así, pues, volviendo a tomar el hilo del tema central, la biblioteca universitaria también sufrió el impacto del cambio. Era apenas natural. Y fue creciendo en los diversos países, en las diversas sociedades, en la medida en que sus dirigentes universitarios fueron adquiriendo la conciencia de ese cambio estructural que sacudía al mundo, y teniendo conciencia al mismo tiempo de lo que debía ser una universidad dentro de ese nuevo contexto social. Obviamente los primeros países en cambiar la imagen de la universidad clásica, de la universidad tradicional, fueron aquellos que rápidamente entraron en el proceso de desarrollo industrial y tecnológico. La universidad se convirtió allí, como sucedió en Alemania y en los Estados Unidos, en un factor acelerante del cambio social y del desarrollo económico. La experiencia nos dice que un país no puede entrar a la corriente de ese desarrollo si las estructuras de su universidad no cambian. La universidad clásica es incapaz de encauzar el cambio social por los senderos de la industrialización.

Quizá no resulte exagerado decir que una universidad moderna debe ser una gran biblioteca rodeada y asistida de laboratorios, talleres,

docentes e investigadores. Naturalmente me estoy refiriendo a una biblioteca moderna en una universidad moderna y en ningún caso a muchos de nuestros pobres depósitos de libros, sin material bibliográfico al día, sin personal bibliotecario altamente capacitado, sin equipos adecuados, sin organización técnica eficaz y, sobre todo, sin un presupuesto que les permita alcanzar y mantener estas metas. Tampoco me refiero a muchas de nuestras universidades donde todavía el centro de gravedad está en la palabra infalible e incuestionable de los profesores ni en el pizarrón donde se copian las fórmulas sagradas y las verdades reveladas. Ni tampoco a aquellas bibliotecas universitarias que miden su importancia simplemente por el número de volúmenes, no importa que no respondan al currículo de las respectivas escuelas o facultades, no importa qué tan atrasadas estén sus colecciones y menos aún que a esos volúmenes tengan acceso libre los alumnos ni los docentes o apenas reciban avaramente el ejemplar solicitado a través de unas rejas o merced a la mano generosa que gobierna las llaves de ese depósito del conocimiento encarcelado. Me refiero, pues, a una biblioteca universitaria moderna, es decir, a lo que deben ser todas nuestras bibliotecas universitarias. Porque estoy lejos de afirmar que hemos alcanzado esa imagen ideal. Y porque deseo que todas nuestras universidades, públicas y privadas, pobres y ricas, grandes y pequeñas, lleguen a esa meta anhelada, puesto que todas están comprometidas con el porvenir de nuestro país y todas tienen la misma responsabilidad y por lo consiguiente la misma oportunidad de ser líderes en el proceso del cambio social.

Esa biblioteca ideal, de la cual hablo, a la que he nominado deliberadamente "biblioteca moderna de la universidad moderna" debe ser, ni más ni menos, ese *centro de gravedad* de que he hablado tantas veces. Equipada con cientos de miles de volúmenes —quizás de millones— seleccionados cuidadosamente, de acuerdo con las exigencias y necesidades del currículo, con miles de suscripciones de revistas que actualicen constantemente los conocimientos, que nos revelen lo último en cada campo del humano saber, con abundantes colecciones cartográficas, películas, cintas magnetofónicas, microfilms, microtarjetas, discos, diapositivas, catálogos, índices, *abstracts* y todo el resto de material que constituye el registro del conocimiento humano y que por su naturaleza debe estar albergado allí, listo siempre para el uso de quienes vayan

en su búsqueda, sin mayores restricciones ni obstáculos. Allí, en esta biblioteca, es donde el docente y el alumno, al igual que el investigador, deben pasar las más numerosas y mejores horas de su quehacer intelectual, viviendo la permanente dinámica del conocimiento, la cambiante realidad de las cosas, so pena de ir quedando a la zaga en posesión de conocimientos inactuales o fragmentarios que no resisten el análisis ni la crítica y que exponen a quien los tiene a la ignominia del ridículo. Una biblioteca adecuada siempre enseñará al profesor algo nuevo, siempre estará en condiciones de reevaluar algo de nuestro acervo intelectual, siempre nos pondrá frente a un nuevo interrogante. Siempre nos enseñará, además, que nunca se tiene la última palabra. El estudiante aprenderá que hay otras voces tan autorizadas como las de sus profesores, que hay otras hipótesis, otras teorías, otras maneras de enfocar los fenómenos. El investigador profesional tendrá la oportunidad de recoger lo válido de la experiencia de otros investigadores que abrieron la brecha, que llegaron antes que él; conocerá lo último que se ha hecho en su campo y lo que se está haciendo en la actualidad, lo cual le permitirá no duplicar esfuerzos ni derrochar dinero, tiempo y energías. Los *abstracts*, especialmente, le permitirán orientarse fácilmente hacia las fuentes mejores de información antes de emprender su aventura en la búsqueda del conocimiento. Grave sería que nuestro investigador, por falta de estos instrumentos, que sólo puede brindar una biblioteca universitaria moderna, por no tener a su disposición esos *abstracts*, índices, bibliografías y publicaciones especializadas, siempre al día, resultara inventando el paraguas o dándole vida artificial a muchas teorías sepultadas hace años por el análisis y la experimentación.

3. BIBLIOTECA, DOCENCIA E INVESTIGACION

Nos hemos referido hasta ahora a la actividad del profesor, del investigador y del estudiante en relación con la biblioteca universitaria y hemos dejado para lo último al bibliotecario, ese elemento encargado de darle vida a la biblioteca, responsabilizado de poner en marcha ese complejo organismo y de mantenerlo en permanente funcionamiento sobre los carriles que lo lleven a sus objetivos y propósitos, que en realidad son los de la universidad misma.

Conviene detenernos, pues, un poco, en el rol de este individuo, porque al cambiar la universidad y cambiar su biblioteca, también cambió el concepto que tradicionalmente se tenía sobre el bibliotecario. Ya no es el guardador de libros, de tiempos medioevales, el vigilante de los tesoros intocables de la cultura destinados solamente a los sacerdotes y eruditos que abrían sus folios polvorientos al conjuro misterioso de su sabiduría egoísta y sin examen. Ya no es el Cancerbero acucioso portador de las llaves de aquellos recintos esotéricos donde el hombre hambriento de sabiduría encontraba el libro encadenado. Entre otras cosas, porque la democratización de la cultura y el derrumbamiento de los fanatismos y demás ligaduras y cerrojos del espíritu hicieron posible el libre acceso del hombre a las bibliotecas y hoy hasta la Declaración Universal de los Derechos del Hombre proclama el derecho que tiene todo individuo de todos los continentes, razas y creencias, a permanecer informado. Por esta razón el bibliotecario actual debe ser un servidor de todos, un elemento indispensable dentro de la sociedad, articulado indisolublemente a todos los procesos de la cultura.

Pero, desafortunadamente, si bien es cierto que la imagen del "guardián de los libros" ha desaparecido, todavía se tiene la idea de que el bibliotecario es simplemente un empleado administrativo. Esta imagen generalmente es producto del desconocimiento que se tiene de lo que es una biblioteca moderna, aun dentro de ciertos sectores universitarios en donde no habría excusa válida para tamaño despropósito. Porque las funciones básicas del bibliotecario universitario son justamente las de un docente, como lo han repetido tantas veces no sólo los más grandes maestros de las ciencias bibliotecarias sino también los grandes líderes de la universidad contemporánea. Es claro que estamos hablando del bibliotecario a nivel profesional, de esa persona que ha tenido una formación académica en una universidad o instituto especializado de igual categoría, y que por lo consiguiente posee un trasfondo muy amplio de la cultura universal con una base sólida en el conocimiento de las técnicas de su actividad y en el campo de las humanidades. Esa persona, señalada para cumplir tan altos fines como los de servir en los procesos de la creación y difusión del conocimiento, además de ser un docente también tiene algunas funciones administrativas. Como puede tenerlas un decano o un profesor, sin que por

ello éstos dejen de ser docentes o puedan ser considerados como empleados administrativos.

En realidad en una biblioteca universitaria todas las actividades, desde la selección y compra de los materiales bibliográficos, pasando por la catalogación y clasificación, hasta la circulación, son procesos estrechamente vinculados a la docencia y la investigación.

El proceso de selección y compra de libros no es simplemente una función administrativa que pueda realizar cualquier empleado. Seleccionar material bibliográfico es una de las operaciones más difíciles de la profesión y requiere no sólo conocer las condiciones del mercado sino un conocimiento a fondo del currículo universitario, saber cómo se están desarrollando los programas de docencia e investigación y qué hacer para mejorarlos, tener un gran criterio para evaluar el libro en todas las áreas del conocimiento, tanto en su aspecto físico como en su aspecto intelectual, para lo cual se supone que debe estar al día en el conocimiento de las reseñas y notas críticas que aparecen sobre las más importantes novedades bibliográficas, conocer la seriedad y prestancia intelectual de las diversas casas editoras de obras técnicas, científicas y humanísticas, conocer perfectamente las principales bibliografías generales y especializadas, los catálogos académicos de casas editoriales y de librerías, y sobre todo, un gran criterio selectivo en el manejo de todos estos instrumentos de orientación. La labor de selección y compra todos los días tiende a hacerse más compleja, debido a la gran producción de libro técnico y científico en todos los niveles.

Ortega y Gasset sostenía alguna vez¹ que la función del bibliotecario en los primeros siglos de la historia del pensamiento escrito había sido la de buscar libros. El bibliotecario de aquellas épocas anteriores a la imprenta de Gutenberg y a la que corresponde a los primeros años de ésta, debía tener ciertas condiciones especiales para las pesquisas, ser casi un detective o "cazador de libros" para poder localizar y obtener copia de los libros manuscritos o avaramente impresos, en ediciones casi domésticas, en todas las partes del mundo civilizado. Con el desarrollo de la imprenta en Occidente, a partir del siglo XVI, el libro impreso empieza a invadir poco a poco los mercados, a circular con rapidez y a bajo precio. Se inicia un proceso de democratización

¹ José Ortega y Gasset, "Misión del bibliotecario", en *Libro de las misiones*, 7ª ed. (Madrid, Colección Austral, 1959), pág. 19.

de la cultura que aún no ha terminado. En esa etapa la función principal de la biblioteca es la de buscar lectores. Alfabetizando y estableciendo bibliotecas públicas se va en busca de lectores. Pero hoy por hoy, con las grandes rotativas que se mueven sin descanso por todos los confines de la tierra, con el multilith, con el mimeógrafo, el sistema offset y los modernos procedimientos de fotorreproducción, el bibliotecario ha tenido que convertirse en una especie de filtro entre el libro y el usuario. Cuando se miran las astronómicas cifras de libros publicados año tras año, en todos los países del orbe, en todos los idiomas y sobre todos los temas, se comprende mejor esta labor de filtro que debe desarrollar el bibliotecario profesional en un departamento de adquisiciones. El bibliotecario profesional sabe seleccionar, tiene los instrumentos para hacerlo, puede hacer la evaluación del libro, conoce la solvencia de las casas editoras, está al día en lo que se publica en los campos que cubre su biblioteca, sabe por los comentarios y reseñas hacia a dónde se orienta la crítica, puede establecer comparaciones de un texto a otro, en fin, quizás tenga más instrumentos que cualquier otro profesional para defendernos de esa terrible avalancha de textos y publicaciones improvisados, que a la larga son copias de copias, y copias incompletas que nada nuevo aportan al conocimiento sino que más bien tienden a distorsionarlo, fruto quizás del interés de lucro, de la vulgar comercialización o simplemente del deseo de notoriedad de quienes confunden el trabajo tesonero del investigador con el exhibicionismo del diletante. De tal modo, pues, que el bibliotecario profesional debe saber seleccionar lo que mejor convenga a la universidad, para lo cual debe contar también con la ayuda y la asesoría del profesor y del investigador. Es una labor de enorme responsabilidad. Porque no solamente se están defendiendo los centavos del estrecho presupuesto que ordinariamente se asigna a nuestras bibliotecas universitarias sino también la calidad de la enseñanza y de la investigación y el tiempo precioso de los usuarios.

Adquirido el libro, justamente el que la universidad requiere, como resultado de esa cuidadosa selección, hay que proceder a catalogarlo y a clasificarlo para que pueda llegar rápidamente al usuario cuando éste lo necesite. La operación debe ser inmediata antes de que el libro, la revista o cualquier otro material bibliográfico envejezca en este mundo en que la dinámica del conocimiento avanza vertiginosamente perfeccionando técnicas y revaluando principios. El *catálogo*

de la biblioteca debe ser el instrumento infalible que comunique en forma rápida y segura a ese usuario con el libro. Es el camino que debe llevar directamente a su objetivo entre aquel ordenado laberinto de títulos, de autores y materias. Cada ficha, cada tarjeta debe ser ni más ni menos que un hilo conductor muy seguro hacia el libro que se desea, y en muchos casos a otros libros del mismo autor, del mismo tema o de temas relacionados. El catálogo debe tener, pues, un perfecto sistema de referencias cruzadas que permitan al usuario moverse con soltura y eficacia dentro de ese complejo que es una biblioteca.

Los *servicios de información, referencia y circulación*, que implican un contacto más directo del bibliotecario con el público deben tener tal agilidad y flexibilidad, tal eficacia y prontitud, y a la vez envolver el calor humano necesario para que el usuario pueda sentir en realidad que la biblioteca no es un depósito de libros despersonalizado y frío, sino el hogar tibio y acogedor donde el hombre puede convocar el pensamiento de otros hombres de ayer y de hoy, de todas las razas, países y culturas, y recibir su mensaje mediante un sistema de tarjetas técnicamente elaboradas y ordenadas. Tan importantes son estos servicios al público, que la imagen que el usuario generalmente tiene de la biblioteca y de los bibliotecarios es justamente la que va formando poco a poco en sus relaciones con los bibliotecarios encargados de los servicios al público, es decir, de la información, referencia y circulación.

La labor docente más directa y visible del bibliotecario empieza desde el momento mismo en que el usuario pisa las puertas de la biblioteca. Allí el bibliotecario estará listo a conducir al estudiante nuevo o inexperto por los distintos sitios, enseñándole todos los recursos bibliográficos con que cuenta la biblioteca, el uso correcto del catálogo y las principales fuentes de información para sus asignaciones o trabajos escritos. Esta labor se hace ordinariamente en los institutos de educación media en los Estados Unidos y en algunos países europeos y por lo tanto lo natural es que el estudiante al llegar a la universidad ya sepa cómo hacer uso correcto y ventajoso de la biblioteca, al igual que debe conocer también los principios básicos de la metodología investigativa en su respectiva especialidad. Desafortunadamente en nuestro medio latinoamericano con mucha frecuencia el estudiante llega a una universidad con un concepto demasiado pobre de lo que es una biblioteca de investigación y habrá que empezar muchas veces por lo

más elemental. También el profesor y el investigador, lo mismo que el estudiante, encontrarán en el bibliotecario profesional la persona dispuesta a suministrarle bibliografías y materiales para sus clases, conferencias y experimentaciones; listo también a informar al profesor y al investigador sobre las últimas novedades bibliográficas de su especialidad, a facilitarle catálogos y listas para que señale lo que pueda haber de interés en ellas; presto a elaborar bibliografías sobre temas especializados que faciliten al profesor, al investigador o al estudiante sus respectivas labores; dispuesto a orientar al usuario en general con su consejo y su experiencia.

Finalmente hay otra labor docente e investigativa del bibliotecario, labor que siempre estará dispuesto a realizar en todos los niveles: el *servicio de referencia*. Esta función, tan importante en la biblioteca contemporánea de cualquier tipo —pública, escolar, universitaria o especializada— hace que el bibliotecario esté siempre en estado de alerta, dispuesto a recibir la pregunta y buscar la respuesta, así tenga que sumergirse entre montañas de papel impreso por días y semanas en busca de la información precisa y completa. La pregunta, el dato solicitado, puede ser tan sencillo que baste consultar una o varias enciclopedias o diccionarios, pero también puede ser tan complicada que requiera una verdadera investigación, una búsqueda prolija en revistas, periódicos, directorios, índices, *abstracts*, películas, grabaciones, diapositivas, anuarios, archivos verticales y aun en publicaciones altamente especializadas, algunas de ellas en otros idiomas diferentes al nativo. Pero de seguro el buen referencista aparecerá prontamente con toda la información que, entre otras cosas, puede ser clave y definitiva para un seminario, para una clase, para una práctica de laboratorio, mesa redonda, informe, o para la elaboración de una tesis de grado o simplemente para la asignación de un estudiante.

4. RECOMENDACIONES FINALES

Conscientes ya de lo que debe ser una biblioteca universitaria, pasemos finalmente a hacer algunas consideraciones básicas para alcanzar esta meta.

1. Sin una conciencia clara de lo que debe ser la universidad moderna no podrá tenerse jamás una biblioteca universitaria moderna. Los fines y objetivos de aquélla vienen a ser, en síntesis, los mismos de ésta. Es obvio que si continuamos en la viciosa y estéril tarea de recitar las lecciones aprendidas en el texto único o en las conferencias mimeografiadas del profesor no necesitamos bibliotecas. Una pequeña colección de libros de texto y unos profesores perezosos y abúlicos nos bastarán para conservar la peligrosa ilusión de que tenemos universidad. Pero no habrá investigación, crítica científica, controversia ni análisis. No habrá nada que nos diferencie de los sistemas seguidos por los más pobres y mediocres establecimientos de educación elemental y secundaria.

2. Para responder al deseo de cambio, para realizar la transformación de nuestra universidad tradicional a la universidad moderna integrada funcionalmente al proceso de desarrollo económico y cultural de nuestros países, es indispensable trazar una política muy clara y definida con respecto a nuestras bibliotecas universitarias. Los dirigentes de la educación a este nivel deben ser ampliamente generosos y comprensivos en la formulación de esa política en conexión con los expertos en bibliotecología, y estar dispuestos a invertir buena parte del presupuesto de las universidades en el desarrollo de esa política y de esos planes. Una biblioteca cuesta dinero, mucho dinero, pero sus frutos están directamente conectados con la calidad de nuestras universidades y por lo consiguiente con la calidad de los profesionales y técnicos que ellas puedan producir. A veces ese dinero que le estamos tasando avara e irracionalmente a nuestras bibliotecas se filtra a través de otros canales inútiles e innecesarios como el exceso de burocracia.

3. Es necesario trazar una política del desarrollo bibliotecario a nivel nacional y encuadrar dentro de ésta la planeación y la política de cada universidad en particular. Los planes cooperativos deben ser parte de esa planeación a nivel nacional o regional, especialmente en el campo de adquisiciones, clasificación, catalogación, referencia y circulación. Estos planes cooperativos nos permitirán aprovechar en mejor forma nuestros escasos recursos bibliográficos, impedirán duplicaciones inútiles de colecciones, de equipos y derroche injustificado de tiempo y de esfuerzo humano.

4. Es indispensable elevar el nivel del bibliotecario profesional dentro de las estructuras universitarias, reconocerle su indiscutible categoría de docente, lo cual ya ni se cuestiona en los países altamente desarrollados en materia educativa. Seguir tratando al personal bibliotecario profesional como personal administrativo, además de ser una injusticia es un acto de desconocimiento de la educación superior. El bibliotecario que ha hecho una carrera a nivel universitario, como cualquier otro profesional vinculado a la docencia, debe participar de todos los beneficios del escalafón docente, tener el salario que corresponda a su rango de acuerdo con aquél, disfrutar del año sabático donde esté establecido y de las demás prestaciones de carácter laboral propias del docente.

5. Es indispensable e inaplazable que los directores de las bibliotecas universitarias participen directamente en la formulación de los planes de docencia e investigación y de la política general de la universidad para que ellos puedan asumir plenamente la responsabilidad de su tarea y por lo consiguiente orientar todos sus esfuerzos, procedimientos y procesos hacia las metas perseguidas por la universidad. La biblioteca y la universidad no son cosas diferentes, ni siquiera conexas, puesto que sus objetivos son exactamente los mismos. Es tan definitiva la función bibliotecaria dentro de la universidad que resulta un axioma afirmar que la calidad de la enseñanza y de la investigación en una universidad depende principalmente de la calidad y uso de su biblioteca. Justamente en todo proceso de evaluación de una universidad lo primero que suele examinarse son todos sus recursos bibliotecarios, su cantidad, su calidad, su actualidad, su articulación a los programas de enseñanza e investigación, y el uso que de ellos se está haciendo. Razón por la cual los directores de las bibliotecas deben participar en la elaboración y desarrollo de todos los planes relacionados con estos dos objetivos, como miembros con voz y voto de los organismos directivos tales como Consejos Superiores, Consejos Académicos, etc. Razón tienen los tratadistas Wilson y Tauber² al sostener que el director de la biblioteca, al igual que el rector, está sirviendo a toda la universidad. Por lo tanto su radio de acción debe ser tan amplio como el de éste,

² Luis R. Wilson y Maurice F. Tauber, *La Biblioteca Universitaria* (Washington, Unión Panamericana, 1963), pág. 29.

aunque limitado al aspecto de la docencia y la investigación, sin compartir con aquel la responsabilidad de tareas administrativas a nivel de ejecutivo. Su voz es necesaria en los cuerpos directivos y su voto apenas el reconocimiento a una responsabilidad compartida con todos los que orientan y desarrollan los planes académicos de la universidad. Si un decano tiene esos derechos y esas responsabilidades, ¿por qué no el director de un organismo docente e investigativo que, como la biblioteca, va a servir en un radio de acción más amplio que un departamento o una facultad?

6. Los bibliotecarios profesionales jefes de cada una de las secciones o departamentos de la biblioteca universitaria deben estar en permanente contacto y trabajar en estrecha colaboración con los profesores e investigadores para poder orientar su labor de acuerdo con los programas en cada campo respectivo. Ciertamente la selección y compra de todo el material bibliográfico debe ser el resultado de esa estrecha colaboración, al igual que todos los demás procesos como son los de catalogación y clasificación, y los servicios de consulta, referencia y circulación.

7. La universidad debe procurar que su personal bibliotecario de nivel profesional sea cada vez más capacitado, haciendo posible su participación en congresos, seminarios, conferencias, cursos de especialización, etc. También debe crear todos los estímulos necesarios para que buen número de sus mejores egresados en las diversas áreas del conocimiento, como médicos, abogados, economistas, ingenieros, etc., se vean motivados suficientemente a seguir cursos de bibliotecología a nivel postgraduado. La labor en una biblioteca universitaria tiende a especializarse cada vez más y de ahí la necesidad de bibliotecarios conocedores de cada una de las disciplinas de la ciencia y la tecnología. Sin sueldos adecuados y sin otros estímulos, de los que ya hemos hablado, será casi imposible atraer buenos profesionales a este campo de tanta significación en el cumplimiento de todas las metas de una universidad.

8. La biblioteca universitaria en nuestro medio latinoamericano debe establecer o al menos fomentar la *creación de cursos de metodología investigativa*, aplicada a cada uno de los campos del conocimiento, y colaborar estrechamente con ellos, especialmente en lo que se

refiere al uso adecuado de todos los recursos de documentación e información, uso de fuentes bibliográficas, elaboración técnica de bibliografías y tesis de grado.

9. Las bibliotecas universitarias en nuestro medio latinoamericano deben establecer o al menos fomentar la creación de *cursos de lectura dinámica* , y colaborar con ellos estrechamente. Es indispensable enseñar a leer en forma rápida y provechosa a los estudiantes y profesores universitarios, haciendo énfasis no solamente en la velocidad sino también en la asimilación. En el mundo actual en que el estudioso de todos los niveles se ve enfrentado a montañas de textos, revistas y demás fuentes de estudio e información, el entrenamiento científico en las técnicas de lectura es fundamental. Esta labor debería realizarse o al menos iniciarse a nivel de la enseñanza secundaria. Pero, en su defecto, tendrá que realizarse en la universidad, al menos mientras la enseñanza secundaria logra salir del subdesarrollo en que actualmente se encuentra.

10. La biblioteca universitaria debe fomentar la lectura en todos los miembros de la universidad, por todas las formas y medios. No se nos oculta que dentro de la universidad tradicional hay egresados que nunca visitaron su biblioteca y, penoso es decirlo, profesores que no saben dónde queda siquiera ese misterioso recinto. La experiencia nos confirma esta aseveración. Atraer a sus lectores potenciales, que en muchos casos pueden ser la gran mayoría de profesores y estudiantes, a través de conferencias culturales, exhibiciones artísticas, mesas redondas, películas de interés, salas de lectura recreativa y —por qué no decirlo— a través de actividades sociales complementarias de las meramente culturales. Debe haber, además, en las diversas salas de lectura y en estantes abiertos, de libre acceso, una buena selección de los más importantes periódicos y revistas de información general, noticiosos, de fácil y amena lectura y de preferencia con abundantes y atractivas ilustraciones.

El sistema de estanterías abiertas que ha cobrado tanto desarrollo en la biblioteca universitaria moderna, debe ser considerado también como punto de este proceso de estímulo a la lectura, puesto que al eliminarse las barreras entre el lector y el libro, facilita el acceso a él y permite que la curiosidad del lector se detenga en otras áreas del

conocimiento o en otras ramas diferentes a su especialidad. No podemos ocultar tampoco que muchos lectores potenciales se abstienen de visitar nuestras bibliotecas porque no saben cómo conducirse, cómo buscar lo que desean, desconocen las fuentes de información, y muchas veces ni siquiera saben hacer uso del catálogo que para ellos aparece como una especie de monstruo de lo desconocido.

11. Las bibliotecas universitarias, además, deben vincularse muy estrechamente a la comunidad local y a la nacional no solamente para estar informadas de todos los recursos con que cuentan tales comunidades y sus bibliotecas en todos los niveles, sus universidades, escuelas, colegios, institutos, academias, fábricas, asociaciones, librerías, editoriales, centros de documentación, publicaciones periódicas, partidos políticos, instituciones religiosas y demás organismos.

12. La labor de la biblioteca universitaria debe estar estrechamente vinculada a las funciones de extensión que ordinariamente realizan las universidades como parte de sus objetivos fundamentales. Muchas de estas labores de extensión seguramente se celebran dentro de la biblioteca, como ciertas mesas redondas, conferencias, cursillos, exhibiciones de arte, recitales poéticos, actividades musicales, etc. De otra parte la biblioteca tendrá que asociarse con muchos actos de importancia social dentro de la comunidad, preparando bibliografías relacionadas con tales acontecimientos. Ciertas celebraciones de aniversarios de grandes hombres, de instituciones o de hechos históricos, ciertos acontecimientos de actualidad como los viajes espaciales, los descubrimientos científicos del día, o simplemente hechos de importancia que suceden en la respectiva comunidad, obligan a la biblioteca universitaria a preparar esas bibliografías para brindar mayor información o para despertar un interés más grande hacia esos hechos. La biblioteca no es nada diferente a la sociedad, puesto que es una parte de ella y nada menos que aquella que está activando su transformación. Ciertamente la biblioteca universitaria ha dejado de ser un centro de información para eruditos, un lugar esotérico para mentalidades privilegiadas, y ha pasado a ser la casa democrática donde se está generando diariamente todo el proceso en la conducción del cambio social, a través de la formación de los equipos de profesionales y técnicos que la nueva sociedad requiere, a través de las investigaciones, de las nuevas ideas,

técnicas y procedimientos. La gran cantidad de actividades y servicios, y sobre todo la inmensa afluencia de gentes que van y vienen por sus pasillos, por sus salas, por entre sus estantes y anaqueles, en pos del conocimiento, han hecho de la biblioteca universitaria contemporánea ese organismo viviente que el gran Ranganathan quería, como presupuesto básico para un mundo mejor.